



Reflexión sobre la epistemología de la comunicación y los estudios culturales: ¿Qué hacemos? ¿Por qué lo hacemos?

Citlalli Sánchez-Hernández

citla.sanchez@gmail.com

Tecnológico de Monterrey, campus Monterrey

Resumen

Desde los inicios de la ciencias de la comunicación ha existido el debate académico sobre su conformación como ciencia –la comunicología- que apela estudiar la comunicación como un objeto transdisciplinario, o como el conjunto de ciencias que aporta desde sus teorías y metodologías para conformar un objeto de estudio multidisciplinario. El presente artículo presenta una reflexión sobre la epistemología de la disciplina, que nos lleva a repensar el porqué y para qué del trabajo de investigación en comunicación, y que puede ser la clave para llegar a un acuerdo sobre la mejor forma de entender a la comunicación como objeto de estudio, y como rescatar a la comunicación como la vía para entender los fenómenos de la realidad social.

Palabras clave: *epistemología, comunicología, estudios culturales*

Abstract

From the beginnings of communication sciences has existed the academic debate on its conformation as science -the *communicology*- appealing communication as an interdisciplinary subject, or as a set of science that contributes from his theories and methodologies to shape an multidisciplinary object of study. This article presents a reflection on the epistemology of the discipline, which leads us to rethink the whys and wherefores of the research in communication, and can be the key to reaching an agreement on the best way to understand communication as an object of study, and as rescue communication as a way to understand the phenomena of social reality.

Key words: *epistemology, communicology, cultural studies*





Reflexión sobre la epistemología de la comunicación y los estudios culturales: ¿Qué hacemos? ¿Por qué lo hacemos?

Citlalli Sánchez-Hernández

citla.sanchez@gmail.com

Introducción

La discusión sobre el modo en que se ha conformado el estudio de la comunicación – como ciencia, como disciplina, como proceso, como fenómeno- tiene su epicentro en la necesidad de plantear de forma concreta qué es lo que se estudia, qué es lo que se quiere saber. ¿Es la comunicación el objeto de estudio? ¿Son los procesos y actores? ¿Son las relaciones que se establecen mediante la comunicación? Menciona Karam (2007) que “para los científicos, la comunicación es un objeto genérico, una actividad, es algo práctico que se asocia a las técnicas, sus usos, sus lenguajes” (p. 100), es decir, la comunicación es abordada desde un aspecto pragmático que concibe únicamente el proceso como tal, lo que gira a su alrededor es susceptible de ser estudiado por otras disciplinas como la antropología, la sociología, la psicología, la lingüística, etc.

En este mismo sentido dice Karam (2007) que quienes reconocen a la comunicación como saber disciplinario la consideran como la hermana menor de las ciencias sociales –el cual es un comentario común entre los estudiantes y catedráticos del área-, lo que implica cierto grado de condescendencia ante las posibilidades de la comunicación como nueva disciplina. Dice Wallerstein (1996) que las ciencias de la comunicación son más bien una interdisciplina, es decir, el objeto de estudio está configurado desde distintos saberes, que si bien no se implica la complejidad de una transdisciplina, sí permite considerar que la comunicación se articula desde diversos enfoques teóricos y metodológicos: muchas miradas, muchos ángulos, muchas aristas, muchas herramientas que han permitido abordar la comunicación con la profundidad debida.





La simplificación de los conceptos que aborda el estudio de la comunicación tiene por consecuencia la ausencia de profundidad en las investigaciones, la repetición en el tratamiento de los temas, enfoques, teorías, etc.; pero sobre todo, la falta de compromiso con la tarea de la investigación, es decir, con la tarea de generar sentido, explicaciones a las realidades sociales, a los fenómenos de la comunicación y a la complejidad con que se interrelaciona la comunicación y la vida social. Dice Benito (1996) para comprender el proceso de la comunicación “como objeto de una nueva disciplina científica, ha de atender también al análisis de los contenidos de la comunicación, los aspectos tecnológicos y económicos con sus problemas legales y políticos” (p. 21), es decir, una visión integral de la comunicación porque si se quiere hacer una reflexión profunda se debe comenzar por una observación densa –como propone Geertz- ver más allá de las acciones obvias, de los resultados predecibles, más allá de las relaciones patentes que se encuentran en la superficie para comenzar a escarbar en la realidad, en los imaginarios, en los procesos semiótico-discursivos, encontrar aquello que no hemos podido ver.

Señala Karam (2005) que la reflexión académica sobre la comunicación surgió en las escuelas de psicología, sociología, ciencias políticas, es decir, las disciplinas que actualmente comprenden aquello que llamamos ciencias de la comunicación. Como resultado, la comunicación se comienza a concebir como un objeto interdisciplinario, constituido de origen por esos diferentes saberes que abarcan desde las humanidades hasta las ciencias duras como la estadística o la cibernética, y cuyo enfoque teórico se aborda desde el funcionalismo hasta modelos matemático-informacionales.

Sin embargo, la apuesta en el estudio de la comunicación apunta hacia la construcción de un objeto transdisciplinario, que precisamente trascienda su origen como objeto multi para concebirse como una ciencia cuyo objeto de estudio se configure de raíz desde la complejidad, menciona Haidar (2006) que existen dos dimensiones que regulan el desarrollo y constitución de las disciplinas –del





conocimiento- y una de ella es precisamente la forma en que las ciencias se van configurando en un primer momento desde lo disciplinario para desarrollarse e integrarse como saber transdisciplinario, que implica el grado más alto de complejidad, por ejemplo “el pensamiento transdisciplinario de Marx, quien utiliza para sus planteamientos la filosofía, la economía, la historia y la sociología” (p. 39), es decir, las reflexiones marxistas abarcan de manera transversal todas estas ciencias, necesita de todas ellas para generar su discurso.

A modo de cuestionamiento, Becerra (2004) se plantea cuál es entonces el papel que tiene hoy en día la ciencia de la comunicación, y sobre todo cuáles son los avances para lograr superar el momento de la ruptura y dar paso a un desarrollo más consistente, que implicaría el logro de un posicionamiento como ciencia y el reconocimiento de la transdisciplinariedad, “¿hemos desarrollado un discurso propio que nos permita pensar, pronunciarnos y sustentar acusaciones o propuestas? [...] nuestra principal insuficiencia es teórica y su más claro síntoma es la pluralización de la disciplina: ciencias de la comunicación, y nunca el atrevimiento de una comunicología” (p. 63).

La forma en que la comunicación irrumpe en los paradigmas científicos es, según Martín-Serrano (1978), en un momento coyuntural, cuando acontecía un “derrumbe teórico” en el siglo XIX, un momento interesante donde las ciencias comienzan a clasificarse, agruparse y etiquetarse, pero también a tomar una posición polarizada, donde el establecimiento de límites y fronteras disciplinarias implicaba la exclusión de ciertos saberes, Martín Serrano habla de dicotomías y taxonomías, es decir, de orden pero también de contraposiciones. Es necesario mencionar que este derrumbe que menciona el autor, no es un punto de quiebre excepcional en la historia de las ciencias, por el contrario, forma parte de esa segunda dimensión reguladora de la evolución científica que señalaba Haidar (2006) y que se compone de tres momentos: acumulación, ruptura y convergencia. Ese momento teórico en que la





comunicación comienza a insertarse como objeto de estudio, tiene que ver con la ruptura epistemológica en donde las disciplinas se fundan como tales, donde se imponen las taxonomías y dicotomías de las que hablaba Martín Serrano, y comienza la fragmentación de saberes, la apropiación de territorios metodológicos y epistemológicos: que lo que haga una ciencia sea exclusivo de su campo. Este paradigma sigue teniendo un peso importante al día de hoy.

De modo que la comunicación llega de forma fragmentada a establecerse en las agendas temáticas de las distintas disciplinas y desde cada una de ellas se comienza su abordaje, ya sea como una práctica cultural, un proceso, un fenómeno, un fin o un elemento integrante de un todo, dice Karam (2007) que “aun cuando la comunicación colectiva pudiera parecer (en la imagen de los medios masivos) un objeto un objeto específico, su cabal comprensión implica ingresar a procesos no únicamente sociales, colectivos o masivos. De hecho, varias definiciones de comunicación (en general) apuntan apercibir este fenómeno como la combinación de componentes cuya naturaleza es distinta” (p. 100).

Se aborda un punto muy importante al mencionar a los medios de comunicación, pues cuando se habla de las ciencias de la comunicación (como profesión, principalmente) o temáticas relacionadas al concepto de comunicación, se remite de inmediato a la tan difundida idea de que comunicar es igual a medios masivos de comunicación, es decir, prensa, radio, televisión e incluso internet, y todos los elementos que giran alrededor de ellos (audiencias, contenidos, empresas mediáticas). Y esta idea es parte de esa simplificación de la que se hablaba en un principio.

Aunado a esto, existe también una cierta confusión entre comunicación e información, pues van de la mano pero no son lo mismo, pues la información implica los datos, los discursos patentes –orales, escritos o visuales-, la materia prima que trabaja la comunicación, es el elemento mínimo de intercambio en las relaciones sociales. Comunicación e información van de la mano porque se contienen una a la otra, pero el





estudio de la comunicación implica una profundidad determinada que va de la interconexión de otros factores. Dice Becerra (2004) que “la comunicación como orden, es aquello donde deriva el sentido fundamental y el direccionamiento de los ejercicios sociales como intentos de contacto en los que se concreta la función de intercambio que podemos llamar comunicación” (p. 59), y retoma una definición de Hernández Ramírez (1995) en donde coloca a la comunicación como la pieza clave que permite el desarrollo de una civilización, y va más allá: de una especie de modo de producción basado en la comunicación, en donde “todas las problemáticas de comunicación en la historia, tal como han sido desarrolladas por el poder (ese otro aspecto muy importante), son problemas de gestión y de control social en relación con la problemática de la cultura” (p. 22, en Becerra, 2004, p.56).

Esta idea del modo de producción basado en la comunicación se asemeja al planteamiento de Karam (2007) de que cada sociedad, así como posee un modo de producción, también posee un sistema de comunicación específico “pero sólo a partir del siglo XX hemos asistido a la aparición de un fenómeno extraordinario: las sociedades organizadas en torno a sistemas de medios de comunicación” (p. 108), y se complementa del planteamiento culturalista de Thompson de que “cada modo de producción es también una cultura, y por qué toda lucha de clases es también una lucha entre modalidades culturales” (en Hall, 2010, p. 37).

A pesar de la insistencia de ubicar los conceptos dentro de una u otra ciencia –la idea de modo de producción en este caso- un análisis profundo nos lleva a encontrar la forma en que confluyen varios elementos al momento de definir los conceptos: sería una visión reduccionista considerar un modo de producción como una definición meramente socioeconómica, y como lo demuestran Karam y Thompson, la comunicación y la cultura configuran también las condiciones de vida de las personas, incluso en mayor medida que la base económica –a decir de Hall, la super estructura que se conforma por lo social-cultural define mucho mejor las relaciones de





producción-. Sin embargo, dice Williams (1977) que más allá de seguir analizando si es la base o la superestructura, “el objeto debe centrarse en procesos reales específicos e indisolubles, dentro de los cuales la relación decisiva, desde un punto de vista marxista, es la que se expresa por la compleja idea de la ‘determinación’” (en Hall, 2010, p. 35).

Estas relaciones sociales de producción son definidas entonces por el sistema de comunicación prevaleciente, de modo que la comunicación es un concepto que logra atravesar de modo transversal las cuestiones económicas, sociales, políticas, más allá de un pancomunicacionismo, es la comunicación un elemento transdisciplinario. Para Martín-Barbero (1990) esta delgada línea entre la transdisciplinariedad y la totalización de la comunicación se puede distinguir desde un ejercicio de reubicación de la mirada que a su vez requiere mover los cimientos, generar una ruptura, un descentramiento, como él lo llama porque “una cosa es reconocer el peso de los procesos y las tecnologías de comunicación en la transformación de la sociedad y otra bien distinta afirmar aquella engañosa centralidad y sus pretensiones de totalización de lo social” (p. 9-10).

La idea de una comunicología posible sigue siendo tema de revisión, de ensayos, y de reflexiones entre quienes tienen por objeto de estudio a la comunicación. Al hablar de una comunicología, me refiero al establecimiento de la comunicación como una disciplina *per se*, y no como un conglomerado de disciplinas a las que se ha llamado ciencias de la comunicación y que han configurado desde los años 50 todo el bagaje de conocimiento sobre áreas que van del estudio de audiencias, pasando por los usos de los medios, su desarrollo tecnológico, al análisis de los contenidos; y a partir de enfoques teóricos como la sociología, la antropología, la semiótica, las ciencias políticas, la psicología, las ciencias del lenguaje.

De modo que al referirnos al estudio de la comunicación estamos hablando de las ciencias que de forma interdisciplinaria han contribuido en su investigación; sin embargo, se pretende que la comunicación se reconfigure como un objeto de estudio





transdisciplinario, una comunicología que desde su raíz tenga integrados los elementos de los diversos enfoques teóricos: que la comunicación se conciba con un objeto de estudio integral que no pueda separarse de las implicaciones sociales-políticas-históricas-económicas-culturales, que desde ella se explique y comprenda la realidad social. Ya se señalaba anteriormente, la reflexión sobre el cómo y el para qué de la comunicología, va de la mano con la necesidad de aproximarnos a la forma en que se está produciendo conocimiento, y en cierto sentido, el definir los fundamentos epistemológicos de la comunicación también permite desentrañar las relaciones entre la cultura, la realidad social, el lenguaje, la producción, circulación y recepción de las ideas transformadas en discursos y en prácticas culturales. El esfuerzo se centra entonces en configurar una ciencia de la comunicación, una comunicología, “...y el papel que cumple la comunicación, ya no como medio, sino como objeto-método en la percepción, explicación y comprensión de esa realidad” (Becerra, 2004).

Aunque no para todos los teóricos la comunicación se entienda desde la misma perspectiva, hay elementos en común, y más allá de generar varios conceptos diferentes, se trata de complementar las diferentes definiciones para lograr una aproximación más homogénea. Rescatando a algunos autores que Karam (2007) resume en su artículo sobre la epistemología de la comunicación, plantea que a quienes él nombra como los primeros comunicólogos (Mead, Levi-Strauss, Bateson, Moles, Martín-Serrano) “coinciden en la centralidad de la información-comunicación para entender sus objetos: la cultura y la realidad, el pensamiento y el lenguaje, la vida social y la interacción... la posibilidad de la comunicación como una manera de entender y entenderse en la realidad” (p. 104).

Es importante resaltar la relevancia que tiene la cultura como eje central, pues constituye la parte fundamental en la construcción de la corriente teórica de los Estudios Culturales, que ha contribuido en gran medida al avance de la investigación tanto de mensajes y contenidos audiovisuales, como en la comprensión de la forma en





que la sociedad asimila y entiende la realidad, más allá de la implicación de los medios masivos de comunicación.

Se trata de la cultura en el amplio sentido, en lo que Mattelart (2004) señala como un “instrumento de reorganización de una sociedad trastornada por el maquinismo” (p.15) que va más allá de la concepción de la cultura del Estado-Nación para ser más bien una cultura de los grupos sociales, con independencia de su situación territorial o racial. Los estudios culturales nacieron bajo esta premisa de cultura, crecieron fuera de las categorías académicas establecidas, de las jerarquías disciplinarias, los objetos de estudio son tan cotidianos o tan especializados como el investigador lo requiera. Esa libertad en la conformación de los estudios culturales es la que –a decir de varios teóricos de la comunicación- tal vez necesiten replantear las ciencias de la comunicación para retomar su desarrollo como disciplina.

Sin embargo, también los estudios culturales pasan por un momento de crisis epistemológica, señala Mattelart (2004) que también se han vuelto “presas de los condicionamientos del tiempo corto, del tiempo de lo desechable, sin otro horizonte que el de la descodificación del presente en el que todo parece estar en juego, los estudios culturales se han desviado de la pregunta sobre el sentido del orden social y productivo que se gesta a escala mundial” (p. 144). Establecer las bases de la comunicación desde un enfoque transdisciplinario puede ser el primer paso, pero para ello se requiere que los actores principales –los académicos que dan forma a los objetos de estudio- se encuentren bajo la misma frecuencia y compartan la visión de una ciencia integradora, que deje de crecer a la sombra del resto de las ciencias sociales. Es tal vez este momento de ruptura, el que se requiere para replantear desde la comunicación el quiénes somos y qué hacemos.



Referencias

- Becerra, J. (2004). La comunicación: de objeto a categoría. En *Revista Culturas Contemporáneas*, X (19). Colima: Universidad de Colima.
- Benito, A. (otoño, 1996), La teoría general de la información, una ciencia matriz. En *Cuadernos de Información y Comunicación*, 3. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Haidar, J. (2006) *Debate CEU-Rectoría. Torbellino pasional de los argumentos*. México: Posgrado UNAM.
- Hall, S. (2010). *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich (Eds.). Instituto de estudios sociales y culturales Pensar, Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Andina Simón Bolívar sede Ecuador, Enviñ Editores.
- Karam, T. (2007). Epistemología y comunicación notas para un debate. En *Andamios. Revista de Investigación Social*, 7. México: UACM.
- Karam, T. (2005). Una introducción al estudio de la epistemología de la comunicación desde la obra de Manuel Martín Serrano. En *Cinta de Moebio*, 24. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Martín-Barbero, J. (1990). De los medios a las prácticas. En Orozco, Guillermo [coord.], *La comunicación desde las prácticas sociales. Reflexiones en torno a su investigación*, México: Universidad Iberoamericana.
- Martín-Serrano, M. (1978). *Métodos actuales de investigación social*. Madrid: Akal.
- Mattelart, A. y Neveau, E. (2004). *Introducción a los Estudios Culturales*. España: Paidós.
- Wallerstein, E. (1996). *Para abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.